

La gobernadora

Mirta González Suárez

La gobernadora





©EUNA

Editorial Universidad Nacional

Heredia, Campus Omar Dengo

Costa Rica

Teléfono: (506) 2562-6754

Correo electrónico: euna@una.cr

Apartado postal: 86-3000 (Heredia, Costa Rica)

La Editorial Universidad Nacional (EUNA), es miembro del Sistema Editorial Universitario Centroamericano (SEDUCA).

© Mirta González Suárez

La gobernadora

Primera edición 2017

Dirección editorial: Alexandra Meléndez C. amelende@una.cr

Diseño de portada: Mundo Creativo

Premio del Certamen UNAPalabra 2016

Jurado: Carla Pravisani

Karen Calvo Díaz

Rodrigo Soto González

CR863.44

G643g

González Suárez, Mirta Iris, 1948-

La gobernadora / Mirta González Suárez. -- Primera edición. -- Heredia, Costa Rica: EUNA, 2017.

345 páginas. : 22 cm.

ISBN 978-9977-65-485-0

1. NOVELA COSTARRICENSE 2. LITERATURA COSTARRICENSE I. Título.

De conformidad con el Artículo 16 de la Ley N.º 6683, Ley sobre Derechos de Autor y Derechos Conexos, se prohíbe la reproducción parcial o total no autorizada de esta publicación por cualquier medio o procedimiento mecánico o electrónico, con excepción de lo estipulado en los artículos N.º 70 y N.º 73 de la misma ley, en los términos que estas normas y su reglamentación delimitan (Derecho de cita y Derecho de Reproducción no autorizada con fines educativos).

Dedicatoria

*A Vernor Arguedas Troyo,
por creer que otro mundo es posible*

CONTENIDO

1. El regalo del tiempo	11
2. Del espacio y la gente	17
3. De las reglas urbanas	21
4. De las prisiones húmedas	28
5. De los seres monstruosos	32
6. Gobernantes del alma	39
7. Por leyes y decretos	50
8. El desierto nos llena	52
9. De caballeros sabios	59
10. Esperando noticias de conquistas lejanas	65
11. Sobre una historia trágica	74
12. De gente lacerada	78
13. Recuperando mitos	80
14. Debajo de las piedras	86
15. Disimulando agravios	94
16. De juicios sin respuestas	97
17. Para nacer sin mácula	108
18. Los templos se desploman	110
19. Con magias y suspiros	118
20. De tristes despedidas	125
21. Torturas y codicia	129
22. Del sempiterno imperio	135
23. Los sueños se desbordan	140
24. Rodeados de utopías	146
25. Descubrimos altares de una triste belleza	150
26. Suenan versos satánicos	158

27. La guerra se disfraza	163
28. Vigilando deseos	173
29. Las pasiones florecen	183
30. La noche de las brujas	191
31. Desconfiad de promesas	198
32. Los muros se derrumban	211
33. Ante nuevas palabras.....	217
34. No importa quiénes caigan.....	222
35. El dolor se avecina	226
36. La matanza se nutre	229
37. Oculta en la pirámide	236
38. Llueve del cielo sangre	238
39. En medio de reclamos.....	249
40. Entre tanta injusticia	254
41. La trama se desvela.....	264
42. Al ganar o perder.....	271
43. El miedo nos envuelve	282
44. Un juramento surge entre cuatro paredes.....	292
45. La tormenta persiste	298
46. Quetzalcoatl vuelve.....	300
47. Con sus fauces eternas	310
48. La tierra tiembla y sufre	312
49. El mundo está dispuesto.....	319
50. A comenzar de nuevo	324
Cronología de acontecimientos 1474-1541	328
Notas*	343

1. EL REGALO DEL TIEMPO

Martes 16 de enero de 1990

*“La traición es la principal arma de los depredadores.
Su poder se sustenta en la división de los sometidos”*

Eso dice la nota que Valeria dejó sobre el escritorio. Su significado es obvio pero yo tenía la mente cerrada y no lo capté; por supuesto, es fácil predecir los hechos cuando se han consumado.

Primero el shock, después la depresión y la ira, finalmente la aceptación; tuve que pasar por todas las etapas del duelo.

Diciembre fue el mes más duro, pero logré con esfuerzo mantener las apariencias; a pesar del dolor dibujaba la sonrisa anodina de siempre, califiqué exámenes, puse las notas finales, asistí a todas las fiestas y muy especialmente las de Navidad y Año Nuevo contaron con mi entusiasta participación. Nadie se dio cuenta, mi vida —la vida— continuó como si todo siguiera igual. Los hábitos, las costumbres, las relaciones, se conservan hasta que el tiempo se resquebraja y permite espiar entre los recovecos de sus entrañas. Ahora mismo, a inicios de año, si no fuera por esta tarea, me encontraría en la playa mirando la costa con una novela en la mano, disfrutaría de unas merecidas vacaciones, compraría un traje de baño nuevo y estaría feliz, satisfecha de cumplir la noble labor de madre y esposa. ¿Por qué, entonces, estoy en mi lugar de trabajo? La respuesta es clara: persigo, en este reducto de la universidad, los hilos que Valeria encontró sin proponérselo, rutas paralelas que muestran el andamiaje de fuerzas y contrasentidos. Los ojos de la Medusa

paralizan de espanto y, ante ella, me dejó la clave para iniciar la búsqueda: la figura del quetzal, llave de legajos cenicientos y memorias postergadas.

Durante el desayuno familiar busqué la cara de Antonio y encontré lo de siempre: unos nudillos blancos aferrados a la sección de economía, números y claves de la bolsa de valores de Nueva York. María Eugenia, todavía en camisón —bendito sea el verano que permite el ocio— escuchaba música separada y protegida por los audífonos. Mi esposo, ese hombre que tengo al frente cada mañana, puso sobre la mesa un par de páginas irrelevantes a su empeño. El papel me acarició la mano derecha y un impulso antiguo me hizo desear llevarla a la boca para morder las uñas; con una orden estricta pude detener el hábito, y, sin contemplaciones, le exigí permanecer inmóvil sobre el vidrio esmerilado, sometiéndose, sumisa al precepto interno, reflejo de correctivos poderosos. Es imprescindible el cuidado absoluto para mantener la lógica del entorno. No es que la lógica exista, pero igualmente requiere de un control supremo sostener la tramoya para evitar la histeria de los brazos en alto y los aullidos estruendosos. Ante circunstancias dramáticas, digamos, por ejemplo, la muerte del marido, tampoco se debe caer en el otro extremo como lo hizo Beatriz: pintar las paredes de negro fue una exageración, con el luto medieval rendía suficiente tributo a su consorte: el venerado asesino, genocida, ladrón, en otras palabras, un reconocido héroe, pero ella pasó la raya: “se le dio por desvariar” dice la frase subrayada en el Libro Viejo.

Antonio acomodó el diario desechando varias hojas más, y ese movimiento acompasado fue suficiente para captar su deseo y servirle otra taza de café con la mano izquierda; la otra permaneció castigada hasta que levanté la restricción para atraer una noticia secundaria, apenas un recuadro anodino que probablemente nadie más tomaría en cuenta: la Torre de Pisa fue cerrada al público, demasiado inclinada, dijeron, tal vez en estado tan precario como el edificio de Ciencias Sociales,

cuya perpetua sombra cubre mi oficina, situada a escasos metros de distancia. Desde mi cubículo en la planta baja contemplo su fachada posterior, sin los vitrales mágicos de la sinagoga de Toledo, sin las piedras monumentales de Santiago de los Caballeros, sin caballeros ni damas. Originalmente fue levantado en tres niveles según los parámetros funcionales de mediados del siglo XX, los mismos parámetros funcionales que mantienen unida a la familia, sin ética ni estética, sin sueños ni recriminaciones.

Pronto, sin embargo, se hizo evidente la insuficiencia del espacio, por lo que construyeron dos pisos más, apoyados en diez enormes columnas externas cuyo metal oxidado se ha recubierto con láminas de asbesto, ya percutidas por el moho, el mismo asbesto cancerígeno, como el tumor oculto, el eterno retorno que no se deja ver hasta que nos explota en la cara. En una zona de terremotos no hay que escatimar en estructura, dijeron los ingenieros. Las rajaduras en los pisos y la negativa de proveer un seguro contra temblores han sustentado, desde hace años, siniestros vaticinios, pero, como todo se olvida y no hay escándalo que dure más de tres días, continuamos utilizándolo diariamente, haciendo caso omiso a los vaticinios de Casandra. Ojos que no ven, corazón que no siente.

La inestabilidad de la Torre de Pisa, la fragilidad-fortaleza de Valeria, la inconsistencia del edificio de Ciencias Sociales. Basta un pasillo para dividir diez clases a cada lado, oculto para la mayoría, evidente para Valeria, se encuentra la ruta que utilizaron la gobernadora y sus damas, el túnel del tiempo que nos lleva a pueblos arrasados, bajo la mirada piadosa del Santo Oficio. La tortura convertida en pasaje de salvación.

Un lugar enseña sobre sus habitantes, los cimientos gritan la historia, la arquitectura muestra la mente desabrida, despreocupada de la belleza: el pago no incluye el mensaje dulce del detalle. Más condescendiente debo ser con los obreros que, con sus manos callosas, pegaron los bloques para acomodar un ambiente que excluye su condición.

Al frente, en el costado sur, la naturaleza generosa se explaya en un paraíso perdido, pletórico de colores y amores estudiantiles bajo las copas de los jacarandas cubiertas de flores violáceas, las llamas del bosque con sus peñachos escarlata, y las nobles urucas, hogar de suaves trinos. Coronada por las ramas, al fondo de la Plaza 24 de Abril, se levanta la biblioteca central, cara de la universidad desde la calle principal, llena de bares y fotocopiadoras.

A la espalda del edificio de Ciencias Sociales, en el costado norte, un pequeño estacionamiento ha desflorado a mordiscos los pocos arbustos que quedaban, y después del páramo de cemento con líneas blancas sigue un edificio bajo, rectangular, de techo aplanado y sin ninguna pincelada o decorado de interés. En esa caja de zapatos de cien metros de largo se encuentra mi (nuestra) oficina cuyas escuetas ventanas dejan entrar el rumor del tímido riachuelo que separa el campus en dos: a un lado Sociales y en el otro Salud, como si no tuvieran necesidad de contacto alguno.

Mi refugio es un lugar minúsculo y aislado, de manera que sus dimensiones permiten invitar un máximo de tres personas apretujadas contra la pared-biblioteca. He tratado de alegrar este parco ambiente a la moda antigua: cubriéndolo de afiches. Dos de congresos de psicología y, al otro costado, puse un recuerdo de despedida de una vecina poeta que llegó de Managua después del terremoto del 72. Eso decía ella, pero también escuché que tuvo que huir a Costa Rica después de pasear la bandera del Frente Sandinista en medio de un partido de béisbol; así terminó a la par del apartamento que alquilábamos, claro que eso fue cuando éramos estudiantes y pobres, antes de que Antonio se animara a empezar la empresa de exportación. En el 79, con la caída de Somoza, pudo regresar al hogar, no sin antes dejarme como obsequio la foto ampliada de un niño moreno subido a una caja de bananos. Hasta ahora me doy cuenta de la nota al pie: “La guerra imperialista amenaza nuestras vidas y nuestro futuro”. La compañía bananera.

Mamita Yunai. “El banano va a parar al mar”, cantaba Mejía Godoy. Banana Republic es una tienda de ropa, diría mi hija.

Mientras escucho los graznidos de los pericos que pasan en bandada huyendo del frío del norte, observo, como todas las mañanas, los viejos estantes de madera, ya demasiado estrechos para tantos libros. Sobre el escritorio se encuentran apiladas fotocopias y apuntes de todo tipo y tamaño, algunas mías, otras de Valeria. Ya me es imposible diferenciarlas. Evoco aquella tarde cuando se presentó cargada de libros. Yo estaba revisando el informe de matrícula, era, pues, a inicios del segundo semestre de 1989; se siente como una eternidad a pesar de que todavía no ha transcurrido medio año. Incluso antes de verle la cara, su cuerpo desgarrado me evocó la imagen del antiguo movimiento *hippy* y al saludar percibí que el cuadro se reforzaba con unos anteojos redondos, estilo John Lennon, marco de sus ojos miopes y claros.

—Enseño Historia —dijo recostada contra el marco de la puerta, como esperando respuesta a una pregunta que no había hecho.

Pensé que llegaba por alguna de las usuales razones que hacen que un profesor se acerque a otro: amarrar el voto para ocupar algún puesto electivo o tal vez solicitar la firma de una carta protestando por algo... El silencio comenzó a tomar un cariz pesado.

Valeria explicó, solo entonces, que le habían asignado mi cubículo, ya que todos estaban superpoblados y no había lugar para ella. En otras palabras: compartiría la oficina conmigo. ¿Compartiría la oficina conmigo? ¿Y cuántas más vendrían después? Era mi único reducto en la ciudad universitaria. Debe de haberse dado cuenta de que mi recibimiento no era entusiasta, ya que dejó los libros sobre una silla y se retiró enseguida.

Muy tarde percibí el regalo de su compañía, durante meses estuve rumiando la pérdida de mi zona privada en lugar de apreciar las ganancias. Pasado el primer impacto, de mala manera acomodé como pude el escritorio y un estante, dejando

un hueco al descubierto para la intrusa. Tal cortesía pasó desapercibida, Valeria se explayaba en el estrecho espacio dejando páginas esparcidas aquí y allá, las que, una y otra vez, yo regresaba a su lugar en pos de un imposible control territorial.

Al analizar los hechos a la distancia aseguraría que ella no olvidaba los documentos al azar, sino que había urdido un plan para que me incorporara a su odisea. Los libros abiertos en páginas sugestivas, las notas cuidadosamente escritas, parecían invitar a la lectura. Siendo una mujer ordenada —obsesiva compulsiva, diría un colega— la entrada a mis perdidos dominios no podía menos que producirme angustia existencial. Con estudiada paciencia tomaba cada artículo y lo hacía a un lado, siendo inevitable, a fin de no descartar mis propios apuntes, una rápida y culpable mirada a sus contenidos ¿Era su intención que alguien conociera sus secretos? ¿O sería, simplemente, una despistada, sin sentido del orden?

Ahora, mientras examino los materiales de Valeria, debo reconocer el trasfondo de cariño casi imperceptible de nuestras relaciones, y concluir que, a pesar de conocernos tan poco, existió un sentido en cada uno de sus acertijos.